

En 1891, Jules Huret, acomete el trabajo de solicitar la opinión a varios célebres escritores contemporáneos acerca de la evolución de la literatura. Entre otros, fueron entrevistados Goncourt, Emile Zola, Huysmans, Anatole France, Maurice Barrès, Jules Lemaitre, Stéphane Mallarme, Paul Verlaine, Leconte de Liste, Catulle Mendès, François Coppee, Jules Claretie, etc. Ni que decir tiene que estos escritores constituían la flor y nata de la literatura francesa de la segunda mitad del siglo XIX.

Este ingente trabajo fue recogido en un volumen titulado *Enquête sur l'évolution littéraire*, publicado en París por la editorial Charpentier.

A continuación reproduzco la decepcionante encuesta realizada por el autor a Guy de Maupassant

José M. Ramos. Pontevedra 2009

## ENTREVISTA CON GUY DE MAUPASSANT

por

Jules Huret

El Sr. de Maupassant tiene la reputación de ser el hombre de París de más difícil acceso. Yo tenía unas enormes ganas de ver a ese hombre que había encarnado para mí, a mis veinte años, la expresión más completa de la verdad, que más se aproximaba a mis gustos por aquel entonces, al igual que el mismo Flaubert, y en el que me imaginaba, desde el aislamiento de mi provincia, con su apellido y su nombre aristocráticos, una fácil altivez y un poco desdeñoso de su estilo, la perspicacia de su psicología, su rigor de exactitud, su reputación de querido alumno de Flaubert, como un héroe de Balzac, algo así como una quintaesencia de Rastignac y de D'Arthez mezclados... Esa poderosa imaginación de mi primera juventud no había podido ser mitigada por las palabras que uno escuchaba a cada instante en los ambientes literarios sobre el Sr. de Maupassant: « Es un snob; lo que considera más práctico para un escritor es tener como editores a los almacenes del Louvre y del Bon-Marché; también se hace vestir y blanquear sus camisas en Londres; todas las noches, – dice él, mi criado repasa mis botines en las hormas y mis pantalones en las perchas.»

Yo quería comprobar todo eso... Por otro lado, su opinión en esta encuesta me interesaba particularmente. Y por reacio que pudiese ser, los nombres ilustres que habían consentido en responderme lo dispondrían a la conversación...

Llamé a la puerta. Un criado, más bien un hombre servil, vino a abrir. ¿Ustedes conocen esa mirada insolente que se ve en todas las antesalas de los burgueses orgullosos?

– El señor no está.

Escribí algunas palabras sobre mi tarjeta, y enseguida fui introducido, atravesé una antesala adornada con colgaduras árabes y penetré en un lujoso salón que no tengo tiempo de detallar, donde dominaban los colores suaves y que, en conjunto, me parecía de bastante mal gusto.

El maestro hizo su entrada. Lo miré curiosamente y me quedé estupefacto: ¡Guy de Maupassant! ¡Guy de Maupassant! Durante el tiempo que fue necesario para saludar, elegir un asiento y sentarse, yo repetía mentalmente ese nombre y miraba al hombrecillo que estaba ante mí, de hombros mediocres, con un gran bigote bicolor, castaño con uno pelos que se dirían mojados en alcohol. Me hizo sentar cortésmente. Pero a las primeras

palabras sobre literatura, consultas, etc., adoptó un aire desagradable, lastimoso, y me parecía realmente sumido en una auténtica desgracia.

– ¡Oh!, caballero, me dijo, – sus palabras eran cansadas y su aspecto muy doloroso, – se lo ruego, ¡no me hable de literatura!... padezco violentas neuralgias, mañana parto para Niza, el médico me lo ordena... este aire de París me resulta absolutamente dañino, este ruido, esta agitación... estoy realmente muy enfermo aquí...

Lo compadecí, y con el tono lleno de precauciones y matices, traté de extraerle incluso alguna vaga opinión...

–¡Oh! ¡literatura! señor, de literatura nunca hablo. Escribo cuando me procura placer, pero hablar de ello, no. Además no conozco a ningún hombre de letras; he quedado alguna vez con Zola, con Goncourt, a pesar de sus *Mémoires*, pero los veo raramente; a los otros nunca. No conozco más que a Dumas hijo, pero no tenemos el mismo oficio... y nunca hablamos de literatura... ¡hay tantas otras cosas!...

Yo abría los ojos desmesuradamente.

–Sí, dije yo, conociendo su gusto por ese deporte, la vela...

– ¡Tantas otras! Fíjese, señor, la prueba de que no le miento es que no hace mucho tiempo me han venido a ofrecer el ingreso en la Academia... me han propuesto veintiocho nombres seguros, he rechazado, y a las cruces, y a todo eso; no, realmente no me interesa... no hablemos más, señor, se lo ruego...

Esta fue la opinión muy cansada y melancólica de Guy de Maupassant sobre la evolución literaria.

Extraído de *Enquête sur l'évolution littéraire*, publicado en 1891 en París por la editorial Charpentier.

Traducción de José M. Ramos para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>